



Año 2 No. 4
Bucaramanga
Diciembre de 2000

Conflicto y violencia en la universidad en Colombia El proyecto modernizador y el movimiento estudiantil universitario en Santander, 1953-1980

(Notas metodológicas)

Alvaro Acevedo Tarazona

Historiador y Magister en Historia Universidad Industrial de Santander.

Candidato a Doctor Universidad de Huelva-España. Profesor universitario.

Francisco Javier Gómez

Historiador Universidad Industrial de Santander. Licenciado en Ciencias Sociales Universidad de Pamplona. Profesor universitario.

Las primeras referencias explícitas a una organización universitaria nacional que se conocen en la historiografía de mediados del Siglo XX son referidas a las protestas universitarias que en 1957 apoyaron la caída del General Gustavo Rojas Pinilla y que promovieron su irrestricto compromiso con las instituciones y el orden democrático del país con el fin de conducirlo por una nueva fase de progreso y desarrollo técnico, científico e industrial. Sin embargo, esta precaria expresión universitaria, que se definió a sí misma como un movimiento de alcance nacional y que se presentó al país como un sector de oposición a la dictadura, no sería tomada en cuenta por el nuevo gobierno como una fuerza autónoma, pues el Frente Nacional abrió para el país una nueva etapa de conflicto y violencia al excluir a amplios sectores de la sociedad colombiana de la participación política, entre ellos a la universidad.

El Frente Nacional intentó absorber la incipiente organización universitaria para dirigirla desde arriba y crear su propia política en materia de educación superior. De otra parte, entre los estudiantes pronto se expresarían diferencias entre aquellos matriculados en universidades públicas y privadas, así como muy pronto también surgirían sectores contraestales y fragmentados que se opondrían a este directo control del gobierno en las universidades¹.

Por esta razón se hace muy difícil explicar en un mismo marco de análisis el proyecto modernizador universitario y las protestas estudiantiles, por la dirección que se les quiso dar desde arriba y por las propias contradicciones en el interior de los mismos estudiantes. Este artículo trata de superar esta dificultad y propone crear un marco metodológico para entender este particular proceso histórico desde las propias fuentes documentales de investigación hasta la escasa bibliografía sobre el tema y los testimonios orales de quienes hicieron parte o presenciaron tales acontecimientos.

Entre los múltiples problemas para tener en cuenta, cabría preguntarse ¿hasta qué punto es pertinente considerar la etapa comprendida entre 1953 y 1980 como un movimiento universitario? En segundo lugar, ¿cómo denominar las situaciones de conflicto y violencia de este período de análisis: movimiento estudiantil, revueltas estudiantiles? Y en tercer lugar, ¿cómo proceder para tratar de establecer los fenómenos propios de este fenómeno en Santander para compararlos con los elementos distintivos y comunes del contexto nacional e internacional?.

A la primera pregunta, cabría la posibilidad de responder que sería

pertinente asumir el concepto de movimiento universitario para caracterizar el proyecto modernizador y reformista del Estado y las elites regionales, en el ejercicio de su función pública y las prácticas políticas tradicionales, quienes desde el año de 1935 comenzaron a perfilar la fisonomía actual de la universidad en Colombia a partir de la Universidad Nacional y la posterior creación del sistema universitario regional público y privado en las más importantes regiones de la geografía nacional; obviamente, este proceso no es continuo ni ajeno a la propia cultura política colombiana en la cual interactúan y se expresan tensiones entre gobierno, directivas universitarias, profesores y estudiantes. Es claro también que dicha modernización del Estado y en particular de la universidad puede presentar rasgos comunes con otros países, pero sería difícil aceptar que el movimiento universitario que se hace visible en dicha modernización es parte de una trama internacional plenamente consciente en sus propósitos y acciones.

A la segunda y tercera preguntas, es oportuno considerar que las décadas de los cincuentas y setentas son un período particular de la historia de la universidad en Colombia en el cual los estudiantes expresaron formas de pensar, sentir y actuar propias de las tensiones sociales de la época, que pueden reunirse en el concepto de movimiento estudiantil si se establece un marco de análisis que tenga en cuenta los siguientes aspectos, a propósito de las sugerencias metodológicas de Edgar Morin, en su artículo "La internacionalidad de las revueltas estudiantiles (Notas metodológicas)"² :

- a. Proponer un marco de análisis sobre las protestas estudiantiles que describa sus fenómenos encadenados en las regiones y ciudades del país en las cuales éstas acontecieron, entre las décadas de los cincuentas y setentas.
- b. Establecer los elementos distintivos y comunes en cada región que tenga en cuenta el isomorfismo económico, social y político del país en contraste con las diferencias tanto regionales como internacionales.
- c. Considerar las manifestaciones estudiantiles como revueltas cuando adquieren un carácter violento.
- d. Diferenciar las reivindicaciones e inter- acciones propias estudiantiles que corresponden a los problemas de la universidad respecto de las que corresponden al sistema político y la estructura económico-social del país.
- e. Tener en cuenta el antagonismo generacional como un factor de ruptura y protesta.
- f. Reconocer la concentración y peninsularización universitaria, reunida en torno al aprendizaje de saberes, como una separación entre la sociedad y el medio universitario.
- g. Tener en cuenta la recepción y difusión de las grandes corrientes ideológicas regionales, nacionales e internacionales como valores que se incorporan, critican o desprecian en la vida universitaria.
- h. Estudiar y contrastar la información de los medios de comunicación con otras fuentes (orales, archivos, etc.) con el fin de descubrir la trama de intenciones y significados que intencionalmente se emiten, según los intereses que se esperan alcanzar.

Obviamente, la particular expresión del proyecto modernizador y del movimiento estudiantil universitario en cada sistema regional del país no permitiría una explícita sincronía entre éste, pero tampoco se podría desconocer que en ciertos momentos convergieron elementos comunes. Esta es tal vez la razón fundamental por la cual el movimiento estudiantil, con su intensidad de conflicto y violencia en las revueltas, tiene rasgos singulares y comunes en los que interactúan el sistema regional, nacional, internacional e informativo.

Isomorfismo e internacionalidad del movimiento universitario en Colombia

Pueden existir dos importantes vías para analizar el isomorfismo del movimiento universitario en el país. Primero, como un movimiento desde arriba, pensado por una élite que da origen y gestación al

sistema propiamente universitario profesional del país y que concibe una educación superior vinculada al modelo económico exportador, con énfasis en ingenierías y una incorporación marginal de la ciencia y la tecnología; asumido y practicado en el período del Frente Nacional sin la crítica y cuestionamiento contundente de la mayoría de la sociedad colombiana³. Un movimiento universitario que encaja un proyecto educativo en la cultura política del país, vinculado a un proceso de modernización dirigido desde y por el Estado con el fin de crear un sistema de difusión de ideas, valores, pautas de conducta y saberes que se habían visto obstaculizados para su desarrollo entre los años 1948 y 1958, luego de haber sido parte de los esfuerzos de secularización de los gobiernos radicales del Siglo XIX y de los gobiernos de la república liberal de los años treinta y comienzos de los cuarentas en este siglo.

Este proceso modernizador atiende al concepto de élite a falta de un mejor recurso para designar los intereses especiales de un grupo de personas con capacidad de incidir en las decisiones de la política pública, de mantener relaciones de poder sobre otros y de liderar cambios ya sea por autointerés o por necesidad de ampliar sus ideas e influencias en otros sectores de la población⁴.

Segundo, como un movimiento violento, que promueve la resolución de situaciones de conflicto por medios no consensuales, entre estudiantes, gobierno y directivas universitarias a través de la imposición o la coerción efectuadas, o no, con presencia de fuerza física⁵. En esta vía, el movimiento universitario no es un cuerpo único de ideas, valores políticos y pautas de comportamiento, pues en el interior del mismo hay expresiones variables e intermitentes en su sistematicidad, coherencia, asunción, crítica y fijeza⁶. Particularmente entre los estudiantes, quienes muestran en el mismo movimiento ninguna o varias identidades subculturales y de apoyo o no al sistema. No siendo este el caso de gobierno y directivas, que muestran mayor firmeza y coherencia en sus políticas, aunque también con excepciones a la regla, según los intereses de los afectados en los diferentes escenarios del movimiento.

Es válido señalar también que esta confrontación violenta no es única y exclusiva del movimiento estudiantil colombiano. En los años sesentas se presentó un incremento de la violencia social y política en todo el mundo como consecuencia de la primera crisis global de la segunda posguerra, con manifestaciones más intensas en América Latina, África y Asia. Incluso España y Europa en general no fueron ajenas a la aparición de estos movimientos contestatarios ligados a la aparición de movimientos juveniles y el desarrollo del feminismo, pero también al movimiento obrero, los aspectos ideológicos y éticos, la crítica del autoritarismo, del imperialismo norteamericano y de la crisis de la educación que, en general, dan señales de identidad en un nuevo contexto de globalización⁷.

Tampoco se puede olvidar que estos conflictos se inscribieron en la etapa de la Guerra Fría, en la cual se pugnaba por espacios y zonas de influencia por parte de las grandes potencias⁸. También los años setentas serán reconocidos como una etapa de crisis, luego del prolongado período de bonanza de la etapa de posguerra. Con renovados ímpetus se cuestionaron las teorías neoliberales o del Estado mínimo, se defendieron las políticas del Estado bienestar y comenzó a hablarse de la ingobernabilidad de las democracias al señalarse la incapacidad de éstas para hacer frente a las crecientes demandas sociales insatisfechas⁹. ¿Acaso fue el movimiento estudiantil una forma organizada de lucha para acceder a la gobernabilidad democrática, o fue la expresión de múltiples fuerzas, con intereses diversos y escasa organización, en la necesidad de entrar en los restringidos espacios de participación política y modernización del Estado? ¿Cuál fue el papel de la universidad colombiana y de las disciplinas y profesiones que se desarrollaron en ésta en los años sesentas y setentas para ampliar la estrecha cobertura de la participación política en el país?.

Esta propuesta de investigación considera que el movimiento universitario en Colombia entre las décadas de los cincuentas y setentas se enmarca en el contexto de una cultura política de escasa participación democrática en las estructuras regionales de poder y en las dificultades de encontrar soluciones a demandas insatisfechas de ampliación y calidad educativa. Hasta aquí es claro que se habla de movimiento universitario en dos vías, porque si bien en estas dos décadas los estudiantes son el aspecto visible del conflicto y de la violencia, en estos años también se configuró, prácticamente, el sistema universitario regional del país con el propósito de modernizar el Estado, que buscaba alcanzar una nueva etapa de desarrollo de las fuerzas productivas mediante el apoyo a una educación dirigida a afianzar el modelo exportador de recursos naturales no renovables.

En este medio siglo, además, las élites del país le apostaron al desarrollo de un sistema masivo de educación de precaria calidad con propósitos de entrar en los sectores modernos de la economía¹⁰. La necesidad de las élites políticas, tanto de Colombia como de América Latina, de asimilar primero el modelo europeo y luego el norteamericano hacia la modernización en el marco de políticas centradas en la necesidad de entrar al mercado mundial dejó a estos países a la zaga de una ruta propia y posible de modernización, como sí se conoce principalmente para los contextos de Europa o los Estados Unidos¹¹. Como el modelo de desarrollo deseable de Colombia, y en general de los países de América Latina, era el de los países que habían experimentado la Revolución Industrial, la modernización se entendió como la meta de la industrialización capitalista. Un proceso, como bien lo señala Francisco Leal Buitrago, en el cual "la antigua ética política secular de la modernidad (que pretendió la emancipación de la sociedad) fue sustituida por los valores de acumulación de capital y consumo de los bienes de la industrialización, con aspiraciones de beneficio común"¹².

En nombre de la razón y de una racionalidad técnica, el escenario de modernización del Estado en América Latina se inscribió en el propósito de alcanzar las sociedades industriales avanzadas mediante una educación para la aplicación cultural de la técnica, que asimiló y difundió nuevas tecnologías deslindadas de comunidades críticas de investigación y sólo expresadas en su instrumentalización para manipular y transformar el entorno sin preguntarse por las consecuencias sociales, ambientales y de dependencia económica al centrarse en un modelo exportador de materias primas. Y lo peor, desde una intencionalidad legitimada desde arriba sin ofrecer espacios institucionales que hubiesen permitido una amplia discusión de sectores como el universitario, particularmente el estudiantil, que era protagonista directo del conflicto y opositor del modelo económico que se quería implementar en la mayoría de regiones del país en las que ni siquiera la industrialización, a mediados de siglo, había llegado, y era sólo una meta de buenas intenciones, como en el caso de Santander, dirigida desde arriba.

No se puede entonces desconocer un proyecto modernizador del Estado para la educación superior del país, que movilizó esfuerzos e intentó dar coherencia a un programa universitario de articulación con el mercado exterior. De igual manera, los estudiantes reaccionaron frente a las claras intenciones de tal proyecto modernizador, pero cabría preguntarse ¿hasta qué punto su movilización atendía a una identidad política, cultural o social cuando son notorias las contradicciones en el interior del propio movimiento estudiantil? Es por esta razón que así como se ha hecho necesario establecer los elementos comunes del movimiento universitario, el propio movimiento estudiantil debe ser esclarecido en su delicada amalgama de expresiones regionales.

El movimiento estudiantil en Santander-Audesa

El movimiento estudiantil de la UIS entre los años 1953 y 1980 ha sido tal vez el más importante o uno de los más importantes del país. Es por

esta razón que al examinar la actividad de los estudiantes de la Universidad Industrial de Santander (UIS) en este período de estudio, se propone reconocer y diferenciar

los móviles académicos o políticos que guiaron las protestas en este período, así como delimitar el tipo de conductas utilizadas para obtener o por lo menos solicitar una serie de reformas que afectaban el funcionamiento de la Universidad estatal, las cuales se podrían extrapolar, en los elementos comunes, al conjunto de la actividad estudiantil nacional siendo muy cuidadosos en diferenciar las expresiones que se pueden comparar de las que presentan su propia manifestación. Esta perspectiva se propone como la posibilidad de reconstruir el conjunto de opciones ideológicas y utópicas que legitimaron bien sea la protesta violenta, el conflicto o la apatía permanente en el núcleo estudiantil en la UIS, como un marco propicio para pensar el accionar práctico y político estudiantil en el país.

Una dificultad significativa para interpretar las diversas formas de la acción política de los estudiantes de la UIS, en el mencionado período, tiene que ver con los diversos contenidos que asume el concepto de Movimiento Estudiantil, derivados de las múltiples interpretaciones que sobre el mismo tenían diversas subculturas políticas en el interior de la Universidad y que la propia historiografía ha expresado sobre el mismo.

En ciertos casos, el Movimiento Estudiantil reunía el conjunto de acciones gremiales ejecutadas por múltiples asociaciones estudiantiles universitarias, coordinadas o enfrentadas entre sí, que tendían a obtener beneficios académicos más allá de los intereses de un partido (conservadores, liberales, faseistas, emerrelistas -MRL-, comunistas, filo –comunistas, godos rasos y rojaspinillistas¹³), con un fin común orientado por valores científicos universales, que interpretaban como “apoliticidad”. Para otros sectores, tal denominación agrupaba la protesta orientada por postulados de cambio social típicos del activismo político de izquierda. Asimismo, comparte con las anteriores opciones un lugar importante la definición que asume como Movimiento Estudiantil sólo aquellas manifestaciones de inconformidad con el régimen académico vigente en cada momento histórico. Y como una última interpretación, también se podría entender el Movimiento Estudiantil como el comportamiento que apoya irrestrictamente a las directivas universitarias y a las orientaciones estatales por aquellos estudiantes que veían la Universidad como un mecanismo de promoción social y que con sus propósitos de mantener la normalidad académica no confrontaban directamente las otras manifestaciones estudiantiles, pero que con su actitud sí expresaban una forma de oposición a éstas.

En medio de estas disímiles expresiones, un posible marco de análisis para entender el movimiento estudiantil en Santander debe tener muy en cuenta la siguiente caracterización :

- La mayoría de los estudiantes se identificaban con la defensa de unos principios estrictamente académicos que van desde el mejoramiento de la calidad educativa, lucha por el impulso a la creación de ciencia y promedios de notas flexibles hasta incrementos presupuestales y normalidad académica.
- La relación con otros movimientos sociales dependía de la necesidad de obtener mayor respaldo en favor de los postulados académicos, entablando alianzas precarias de corta duración ante la imposibilidad de establecer programas políticos o de acción conjuntos. Tal es el caso de los acercamientos con las centrales obreras y los sindicatos durante los procesos de confrontación con las directivas del centro académico o contra las políticas reformistas universitarias de corte norteamericano del gobierno. Por ejemplo, en 1964 los estudiantes llaman a trabajadores y campesinos a participar en un paro cívico, pero no incluyen peticiones conjuntas, pues la defensa de la Universidad como cuerpo creador de ciencia, era, según los universitarios del período,

razón suficiente para recibir el apoyo de aquellos sectores, futuros beneficiarios de la producción técnico-científica del “alma mater”. El punto esencial de las alianzas o asociaciones establecidas por los universitarios en el período estudiado consistía en integrar nominalmente sectores productivos para luego utilizar la imagen de fuerza política masiva y obtener beneficios de representatividad ante el gobierno (local, regional o nacional).

- No existía un programa coherente que recibiera un impulso permanente de las asociaciones estudiantiles. Casi siempre, los estudiantes reaccionaban contra medidas que afectaban el funcionamiento de la universidad estatal, que eran promulgadas bien sea por el gobierno local o nacional. Las luchas estudiantiles carecían de un cuerpo doctrinal propio porque el papel que asignaban a la universidad correspondía al establecido por la ideología estatal o, en contraposición, no era fundamental dentro de los esquemas propios de las facciones políticas mejor organizadas enfrentadas al establecimiento, puesto que la mayoría de éstas veían a la universidad sólo como un medio para alcanzar transformaciones sociales que, era claro, no estaban dentro de la competencia de la institución universitaria. La mayoría del estudiantado -de la misma manera como lo expresaba el proyecto modernizador del Estado-, consideraba que la universidad debía solucionar las dificultades de diverso orden del país, en especial en el aspecto productivo a través del desarrollo científico y tecnológico y del ascenso social individual del egresado; por esta razón, sus movilizaciones siempre incluían la adjudicación de presupuesto, sin el cual muchos de ellos no podrían culminar su carrera. De la misma manera, carecían de un estatuto programático definido que guiara la participación política, pues el interés de estos no era modificar el papel de la universidad sino mejorar su funcionamiento con miras a facilitar el acceso a puestos de dirección en el espacio productivo privado o estatal. Caso contrario, para la minoría, quienes militaban en los partidos de izquierda o frentes políticos de oposición al gobierno (MRL), la Universidad no era un punto de interés dentro del conflicto social y sólo tenía relevancia mientras fuera un mecanismo para promover la revolución social.

- De acuerdo con lo anterior, las actuaciones conjuntas de los estudiantes cuando se presentaron acciones de protesta en bloque, no tenían un carácter contraestatal¹⁴ por la diversidad de posiciones en el interior del movimiento estudiantil. En este caso, el sujeto político universitario debe diferenciarse en dos categorías: por un lado, la mayoría de estudiantes aspiraba a insertarse dentro del sistema productivo accediendo a una movilidad social franca en un país con el 41% de su población analfabeta (censo de 1951), y por otro, una minoría impregnada de una amplia gama de ideas consideradas de izquierda, con diversos grados de intransigencia dogmática y en ciertos casos de tal ingenuidad política, que pretendía modificar el sistema económico-social imperante por diversos mecanismos, desde el electoral hasta la lucha armada; incluso de esta última se llegó a creer que la consecución del poder era cuestión de semanas o meses. Dentro de este segundo grupo, tal como lo percibió el sacerdote Camilo Torres Restrepo¹⁵, el inconformismo tenía diversas clasificaciones, que incluían el utópico, el de frustración y el científico, los dos primeros temporales, el segundo permanente y dirigido a cambiar las estructuras del Estado bajo el ideal de resolver de manera radical los problemas sociales. Al contraponer estas dos perspectivas, no cabe duda de que las formas de conflicto y violencia del sujeto

político universitario corresponden a un patrón antitético: como expresión de rechazo a un cuerpo de programas oficiales sobre la educación superior el denominado movimiento estudiantil no pretendía eliminar al Estado, ni modificarlo, ni mucho menos atentar contra el sistema de producción económica; como expresión de conductas contraestatales radicales el movimiento estudiantil minoritario promovía comportamientos partidistas con objetivos de cambio social amplios, dentro de los cuales el “alma mater” no tenía un papel preponderante.

También es importante, fuera de las características mencionadas, diferenciar entre el comportamiento del sujeto político individual y el colectivo. La fusión de estos dos niveles puede llevar a concepciones equívocas sobre los pronunciamientos estudiantiles en tal período. En algunas ocasiones los estudiantes (en especial los dirigentes) actuaban como miembros de partidos de izquierda o de oposición al gobierno, asumiendo actitudes propias de la militancia; por tal razón, tenían nexos con organizaciones populares e impulsaban cambios estructurales en el andamiaje estatal, pero no se sentían parte de la lucha universitaria conjunta. Mientras que la militancia estudiantil de izquierda, por conveniencia política o intenciones de incrementar la propaganda partidista, se acogía a fusiones con otras instancias extra académicas, contradictoriamente el conglomerado mayoritario de estudiantes tendía a brindar apoyo a situaciones en contra o a favor de transformaciones y ajustes que tenían que ver fundamentalmente con el espacio académico y con escasas proyecciones sociales.

Al tener en cuenta las consideraciones anteriores, es claro que el movimiento estudiantil debe estudiarse teniendo en cuenta sus propias contradicciones, las subculturas en el interior del mismo y las posiciones unificadas en relación con situaciones coyunturales. Ello no implica "apoliticidad" -como en su momento los mismos estudiantes lo expresaron- sino la orientación de las reivindicaciones en contra de medidas puntuales (locales, regionales o nacionales) enmarcadas dentro de diversos enfoques políticos (desde el conservador hasta el modernizador), que en su perspectiva lesionaban los intereses de la academia, pero que de igual manera eran consecuencia de la ausencia de un programa propiamente estudiantil que justificara una lucha permanente a la luz de una política definida.

Entre 1953 y 1980 es posible diferenciar al menos cuatro períodos del movimiento estudiantil. El primer momento, entre 1953 y 1958, incluye la fundación de la Asociación Universitaria de Santander (Audesa) como institución que aglutinaba a los estudiantes universitarios de la UIS alrededor de un programa dirigido a promover el bienestar de sus afiliados y a conseguir auxilios económicos para habitación, alimentación y asistencia en salud. Hasta 1958, Audesa fomentaba el espíritu de cuerpo universitario como intérprete del sentir de los primeros estudiantes en función de ayudas y protección la imagen pública de sus agremiados con miras a conseguir que estos se integraran lo mejor posible en la comunidad productiva. En sus comienzos, Audesa fue una embrionaria organización cuyas funciones primordiales tendían a fortalecer la identidad de un cuerpo académico (estudiantes y profesores) de conformación reciente. Ya para 1958, con el inicio de una nueva etapa de ampliación de la UIS, Audesa propone la consolidación de un ideal científico anexo a valores universales.

El incremento cuantitativo del estudiantado y las reformas académicas entre 1958 y 1962 le permiten a Audesa reorientar sus propósitos buscando la organización de los estudiantes bajo las consignas de autonomía universitaria, elevación del nivel científico, aumento del presupuesto institucional y un primer intento de confrontar la injerencia norteamericana en el funcionamiento de la universidad. En este período comienzan a aflorar las tendencias de izquierda en el movimiento estudiantil debido a la influencia de factores exógenos como la revolución cubana y endógenos como las acciones del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y el Moec (Movimiento Obrero, Estudiantil y Campesino). El pensamiento de izquierda mantendrá las banderas básicas de protesta estudiantil, pero utilizará el espacio universitario para promover las ideas de cambio social.

A partir de 1962 se perfila un momento crucial para Audesa, los representantes de agrupaciones políticas de izquierda llegan a controlar la dirección de dicha organización. Empieza un ciclo, que perdura hasta 1968, caracterizado por la introducción en el discurso de categorías conceptuales propias del marxismo-leninismo, maoísmo y otras tendencias políticas de corte similar, pero las maniobras de los universitarios no superan lo nominal, pues sus peticiones básicas se

mantienen alrededor de lo académico. En todo caso, algunos estudiantes a título personal pasan de la consigna a la acción y se inician en la violencia contraestatal, haciendo parte de grupos guerrilleros como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL). De ello no puede concluirse que el movimiento universitario facilitó, impulsó o un fue un factor determinante para la conformación de los grupos guerrilleros en la región, pues quienes ingresaron a tales organizaciones lo hicieron por su formación partidista extra universitaria, siendo una minoría con poca influencia real en la movilización estudiantil. Dentro de este período, cabe señalar que el viraje del movimiento estudiantil en 1962 atendió más a la influencia de factores políticos tradicionales como el caudillismo, que en el caso de la UIS fue encarnado por Jaime Arenas Reyes y en el ámbito nacional por Camilo Torres Restrepo. Paradójicamente, este viraje en el movimiento estudiantil a comienzos de los años sesentas no se aleja de la pauta de comportamiento político bipartidista tradicional, en el que priman la exaltación del individuo y sus elementos escénicos sobre proyectos políticos contruidos sobre la base de una organización con fines y metas precisas, así como con un corazón ideológico que representara los intereses de todos sus participantes.

Ya para 1968 ocurren cambios radicales en la estructura de Audesa. Esta comienza a perder fuerza por la incapacidad de mantener bajo su control los mecanismos de asistencia estudiantil. Las directivas universitarias arrancan del control directo de Audesa funciones tan importantes como el manejo de las residencias estudiantiles, los servicios en el área de salud y los comedores. El sustento material de la organización es canalizado a través de instancias administrativas dirigidas por empleados estatales dependientes de la dirección universitaria. Quedan solamente, como mecanismo integrador, algunas banderas ideológicas, aunque frágiles, derivadas del acumulado histórico de sus luchas, como la autonomía universitaria, el anti imperialismo y el progreso científico. Es por estos años cuando ya se puede apreciar una mayor fragmentación del movimiento estudiantil. Los diversos grupos intracorporativos tienden a confrontarse entre sí de forma agresiva, pierden el elemento cohesionador y mediador (Audesa) y se lanzan de manera independiente a promocionar diversos procesos políticos. La decadencia de Audesa es acelerada por la represión gubernamental contra los universitarios a comienzos de la década de los setentas. En este período la polarización se agudizó tanto dentro del gremio estudiantil como por parte de la represión del gobierno. La Universidad entró en una etapa de violencia que agotó toda posibilidad de concertación, al punto que los radicalismos fueron protagonistas de primera mano. Por un lado, el vandalismo se apoderó de las manifestaciones estudiantiles cuando la represión de la fuerza pública fue extremadamente violenta, y de otro el abuso y violación de los derechos civiles y constitucionales por parte de las acciones gubernamentales alcanzó exabruptos no sólo contra los estudiantes sino contra directivos y profesores universitarios.

A finales de los setentas, Audesa desaparece del escenario universitario y sólo queda de ella un imaginario muy difuso. Así mismo, fracasan

todos los intentos por integrar nuevamente a los estudiantes y refundar dicho organismo. Por supuesto, continuarán las manifestaciones de violencia pero como expresión del inconformismo de las diversas minorías que protestan por cambios académicos, disminución del costo de matrículas o solidaridad con los defensores de los derechos humanos, que diluyen aún más la posibilidad de gestar opciones políticas propias.

Es importante reseñar, junto con la periodización, las principales tendencias historiográficas que han interpretado el movimiento estudiantil:

- La vía apologética. En esta perspectiva, los escritos sobredimensionan

el impacto de las asociaciones de estudiantes en el acontecer regional o nacional. Muestran movimientos estudiantiles casi heroicos interesados en impulsar el cambio estructural del país y convencidos de la necesidad de transformaciones sociales desde confrontaciones de clase. De este tipo son los acercamientos historiográficos de Libardo Vargas Díaz¹⁶ o Alejo Vargas Velásquez¹⁷. Lo curioso es que desde el año setenta y dos Jaime Arenas Reyes, líder estudiantil y cofundador del ELN, ya había realizado un detallado y crítico análisis de los alcances y limitaciones del movimiento estudiantil, su conformación por sectores medios de la población y sus vinculaciones con la guerrilla¹⁸.

- El camino de la remembranza emotiva. Son estudios que reciclan las impresiones de quienes se graduaron y alcanzaron el ideal de ascenso social y económico del profesional en Colombia. Corresponden a crónicas que muestran unos estudiantes alegres, respetuosos, amigos del conocimiento científico e impulsores del desarrollo por la vía del desempeño laboral. Son numerosas las monografías y artículos en revistas y periódicos que ensalzan esta vida idílica estudiantil, sin otros elementos de análisis que la simple recolección de anécdotas y crónicas evocativas y legendarias.

- La desmedida crítica sobre las actuaciones políticas. Los escritos en esta línea muestran, como en el caso de los primeros ya arriba señalados, una imagen distorsionada de las movilizaciones estudiantiles al enfocar sólo una vía de análisis. En este caso, a los estudiantes se les señala como promotores de la anarquía, el desorden y el caos. Los medios de comunicación, especialmente la prensa, son los más reiterativos en mostrar elementos negativos de las acciones estudiantiles al señalarlas como hechos subversivos o desproporcionados que deben ser controlados por la fuerza pública o medidas convencionalmente necesarias para mantener el orden y garantizar la seguridad pública¹⁹. Cabe indicar también que ciertos actores de aquellos tiempos persisten en señalar el carácter destructivo del movimiento estudiantil en algunos de sus períodos, particularmente a comienzos de la década de los setentas.

- El análisis crítico. Son los estudios historiográficos con nuevos enfoques teóricos y metodológicos, que entienden el movimiento estudiantil como un sector muy heterogéneo de la sociedad y de difícil adscripción a una categoría cultural de clase. En su lugar, proponen una crítica abierta, desde todos los ángulos, para sopesar su real impacto en la transformación de la universidad, las reivindicaciones gremiales y sociales y los logros alcanzados. En estos análisis el movimiento estudiantil se identifica con los procesos de urbanización, los cambios culturales, su vinculación con las élites y las clases medias. En el país, Mauricio Archila²⁰ es el historiador que mejor se aproxima a esta tendencia de análisis, y los mejores antecedentes conocidos son los trabajos pioneros de Ivon Lebot, Educación e ideología en Colombia²¹, escrito a finales de la década de los setentas, y el de Francisco Leal Buitrago²², quien propone recuperar la memoria histórica de las expresiones políticas de la juventud universitaria de las décadas de los años sesentas y setentas en sus luchas por la autonomía. El autor también hace una sistematización de los períodos de formación, auge y declinación del movimiento estudiantil en el orden nacional y muestra cómo este fue una expresión de las necesidades de los sectores medios urbanos por encontrar vías emergentes para la participación política y su inserción en las estructuras productivas del Estado. Un trabajo de reciente publicación de carácter comparativo, Reforma o inercia en la Universidad Latinoamericana: Universidad Nacional de Colombia, Universidad Autónoma de México, de Aura María Puyana y Mariana Serrano²³ también se constituye en una investigación renovada y sobre el reformismo universitario en América Latina y las implicaciones del movimiento estudiantil en dicho proceso. Hay también otros estudios que de manera tangencial analizan el movimiento estudiantil en esta dimensión crítica como el de Fernán González en su artículo "La violencia y las dificultades de construcción de lo público en Colombia: una mirada de larga duración"²⁴ o el de Malcolm Deas, quien en uno de sus últimos trabajos, Intercambios violentos, esboza una

mirada comparativa entre los orígenes del ELN y sus vinculaciones con la UIS y los orígenes en el Perú de Sendero Luminoso y sus vinculaciones con la Universidad de San Cristóbal de Huamanga²⁵.

Por supuesto, cada tendencia tipifica el imaginario asociado a la movilización corporativa desde un plano particular, pero sin penetrar profundamente en las motivaciones y el ambiente estudiantil o delimitar con precisión los rasgos de la cultura política universitaria en sus diversos momentos históricos.

Atendiendo a estas dificultades, así como a la ausencia de una conceptualización de Movimiento Universitario y su tipificación, tanto del proyecto modernizador del Estado como del movimiento estudiantil, estas líneas han intentado abrir un nuevo escenario para la interpretación del movimiento universitario en Colombia desde la perspectiva del análisis regional. Un propósito nada fácil por la diversidad de los proyectos universitarios en cada región y por los variados matices del movimiento estudiantil, pero que a través de la confrontación de fuentes y del análisis comparativo propone encontrar un marco metodológico de explicación entre lo análogo y lo diferente.

BIBLIOGRAFÍA

ARENAS REYES, Jaime. La guerrilla por dentro, Colombia. Tercer Mundo editores, 1971.

ARÓSTEGUI, Julio. Violencia, Sociedad y Política: La Definición de la Violencia, en ARÓSTEGUI, J. (ed.), Violencia y Política en España, Madrid, Marcial Pons, 1994.

BERAMENDI, J.G. "La Cultura Política como Objeto Historiográfico. Algunas Cuestiones de Método". IV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Valladolid, 1998.

GONZÁLEZ R. "Nuestra causa es justa y tenemos fe en ella: una entrevista con estudiantes en huelga", en Vanguardia Liberal, jueves 28 de mayo de 1964.

LEAL BUITRAGO, Francisco. El Estado Colombiano: ¿Crisis de Modernización o Modernización Incompleta?, en MELO, Jorge Orlando (coord.), Colombia Hoy: Perspectivas hacia el Siglo XXI, 15 ed., Colombia: Tercer Mundo, 1997.

MITCHELS, Robert. Los Partidos Políticos: un Estudio Sociológico de las Tendencias Oligárquicas de la Democracia Moderna, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. 2.

MARSISKE, Renate. "Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1900-1930)", en MARSISKE, R. Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

PALACIOS, Marco. Parábola del liberalismo. Santafé de Bogotá, Norma, 1999.

PARÍS, Carlos. La Pretensión de una Universidad Tecnocrática (Panorama de la Universidad Española desde 1956 hasta 1975), en CARRERAS ARES, J.J., y RUIZ CARNICER, M.A. (eds.), La Universidad Española bajo el Régimen de Franco, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991.

SÁNCHEZ FERRER, Leonardo. "Las Relaciones entre la Gobernabilidad Democrática y el Sistema Educativo: Un Estado de la

Cuestión”, en Revista Iberoamericana de Educación, 12, 1996.

TORRES RESTREPO, Camilo. “La universidad y el cambio social”, en El Tiempo, octubre 8 de 1964.

VARGAS DÍAZ, Libardo. Expresiones políticas del movimiento estudiantil AUDESA, 1960–1980, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1996.

VARGAS VELÁSQUEZ, Alejo. Colonización y conflicto armado en el Magdalena Medio Santandereano, Santafé de Bogotá, CINEP, 1992.